



EMIL ANDRÉEV

“¡Mi padre es un pedazo de cabrón!”, se dijo Ivana, se estiró y encendió la lámpara de noche. Eran las tres de la noche. París parecía dormir, pero brillaba como despierto. “¿Pero cuánta gente está ahora dando vueltas en la cama como yo?”, se preguntó Ivana, después se levantó y en silencio se fue hacia la cocina a hacerse un bocadillo. Procuraba no despertar a su marido. Sabía que éste tenía el sueño profundo, dormía con la boca abierta, y roncaba como un condenado, pero a pesar de todo. Puede que a él también le influyera la luna llena.

Mientras untaba la rebanada con mantequilla, Ivana sintió la necesidad de hablar con alguien. Hoy había llamado desde Bulgaria su madre. ¡Nada de particular! Vivía apacible, pobre y buenamente con su loco padre, que en su vejez había decidido comprarse un caballo. “¡Se le ha ido la cabeza!”, masticaba Ivana, mirando distraída el brillante borde del extractor.

No tenía hambre, pero a altas horas de la noche la comida la tranquilizaba. A veces pensaba que enfermaría de bulimia. Si estuviera en Bulgaria, seguramente se emborracharía, como su padre, pero aquí no podía permitírselo.

Engulló el último bocado, bebió agua y se fue hacia la alcoba. En el salón se tropezó sin querer con el borde de la alfombra, se tambaleó y estuvo a punto de caerse. “¡Que me mato, qué me pasa!”, pronunció en voz alta Ivana. Se sentó en el sofá para reanimarse y entonces su vista cayó en el teléfono. “¿Y por qué no llamarlo?”, pensó. “Además hace mucho que no hablamos”. Encontró el auricular, marcó el número, puso el pie sobre la mesita y se puso a esperar. Después del tercer tono oyó la voz somnolienta de su hermano. ¡Gracias a Dios!

—Asén, espero sinceramente no haberte despertado —profirió Ivana, y se rió con sutil causticidad, subrayando su asquerosa acción.

—Lo has conseguido. Ivana, ¿eres tú?

—¿Qué otra persona puede incordiar a mi querido hermanito?

—Loca estabas y loca sigues. ¡Son las tres de la mañana, demonios! ¿Qué ha pasado?

—Nada. Sencillamente me ha entrado morriña por ti. ¿Qué hora es ahora en Munich?

—Ya te lo he dicho. ¿Cuándo te acordarás de que estamos en la misma zona horaria?

—Por supuesto que lo sé. ¡Ja, ja! Ahora en Bulgaria son las dos, ¿verdad?

—Las cuatro. Allí tienen una hora de adelanto. Si llamas para eso, cuelgo.

—¡Espera, espera! Hoy hablé con mamá.

—¿Algo malo?

—No. Todo está en orden. El viejo zar se ha echado una yegüita. ¿Te lo figuras? Asén calló. Intentó imaginarse a su padre a esa edad con una amante. Le resultó gracioso, pero no por ello imposible. A la vejez se vuelve uno loco.

—¿Mamá cómo se lo toma?

—Se alegra por ella y se pasa el día acariciándola. Dice que es muy cariñosa.

—Ivana, ¿de qué hablas?

—Pero tú... —estalló en carcajadas la hermana—. ¿Qué te habías pensado? El viejo se ha comprado un caballo, un caballo de verdad, hembra. ¡Una yegua! Y se llama Maya. Parece que se pasa el día montándola por el Balcán y sólo piensa en ella y habla de ella. Mamá recela...

—Pronto se le pasará. Ya sabes cómo es él. Se hartará de ella y la venderá. Mañana los llamaré. ¡Hala, buenas noches!

—¡No cuelgues, por favor! ¿Cómo te va, hermanico?

—A la alemana. Por Dios, ¿no tienes sueño? ¿Mañana no vas a trabajar?

—Sí, pero... Escucha, tú... ¿te acuerdas de por qué nos bautizaron así?

—¿Pero qué te pasa, hermana? Si no tienes sueño, ponte a ver la televisión. ¿En mitad de la noche te has acordado de nuestros nombres? Por supuesto que me acuerdo.

—¿No es absurdo? Estoy pensando...

—Mira, vamos a colgar. Existe también el correo electrónico. Vierte tu pena en un mensaje y mañana lo leo. ¿De acuerdo?

—No es lo mismo. ¿Te acuerdas de lo que decía papá? “Vosotros sois Ivana y Asén, como el emperador Iván-Asén. Vosotros renovaréis Bulgaria”¹.

—Una de sus muchas locuras. Uno no escoge sus padres ni su nombre. ¡Buenas noches!

—Eh, sí, pero el destino...

Sus palabras se fundieron con la señal del teléfono. “¡Cabrón!”, rabiosamente y en voz alta exclamó Ivana y tiró el auricular. Después, sin pensárselo, fue al ordenador, lo encendió, esperó nerviosa, hasta que cargó, y, enfurecida, empezó a escribir en búlgaro con letras latinas. Odiaba no poder usar el alfabeto cirílico.

Mezclaba las transcripciones de ж, ч, ш y щ, para ъ ponía ya u, ya a, en la semivocal я no tenía ganas ni de pensar. “¡Una verdadera idiotez!” Ahora, sin embargo, tecleaba enfurecida y la traía sin cuidado si llamaría a su hermano *zhaluk* o *jalak*². Él advertiría su resentimiento, aunque ella escribiera en hebreo.

“Asqueroso y sucio cabrón”, empezó ella. “Lo que no querías oír es que lo paso terriblemente mal por ti, que ya estoy harta de andar de acá para allá y de no dormir noches enteras. Me siento muy sola. Muchas veces pienso que nosotros también nos hemos convertido en la enésima víctima en nombre de los hijos: que vivan mejor, que no lo pasen mal. Y la verdad es que nosotros también, por ricos que seamos, un día nos quedaremos solos como mamá y papá. Él por lo menos se ha comprado un caballo. La vida nos ha desperdigado, huimos de los pícaros astutos, maleducados y codiciosos que han arruinado Bulgaria, ¿y qué? ¿Qué hemos ganado? Dentro de cincuenta años puede que le erijan a algún nieto nuestro un monumento por el hallazgo revolucionario de turno, pero éste será tan búlgaro como Bill Clinton irlandés.

Me odio por ser así. Aquí, en Francia, lo tengo todo, pero, incluso después de tantos años de “prosperar”, no puedo salvarme de los fantasmas de la sangre. Lo sé, tú puedes, y yo también me he resignado. Mas cuando me despierto por la noche y pienso en ti, en mamá y en papá, que se ha figurado que, teniendo un caballo, salvará su alma, entonces tengo necesidad de hablar con alguien y tú, por tarde que sea, ¡no tienes que colgarme el teléfono! ¡Has oído, cabrón asqueroso!”

Ivana hizo clic en el icono “Send”, se relajó en la silla y, embobada, fijó la vista por encima del monitor. Por sus mejillas resbalaron lágrimas. Al poco se recobró, las enjugó y se puso de pie. “¡Seguramente me ha llegado la menopausia!”, pensó y fue a hacerse otro bocadillo.

Se comió dos. Cuando volvió y decidió apagar el ordenador, vio que había recibido un *e-mail* de su hermano. Lo abrió y se puso a leer:

“Nunca he creído en los mitos. La vida es una lucha incesante. Ganan los fuertes y los ricos. No he venido a Alemania para huir de Bulgaria, sino para hacerme fuerte; para aprender de los más fuertes cómo se hace y para tener la hombría de soportar la vida tal como es. No me hago ilusiones; éstas son para los débiles. Tengo sueños y lucho por realizarlos, Dios mediante. No me interesa lo más mínimo si dentro de cincuenta años mis nietos se tendrán por búlgaros. Si son fuertes y pueden, seguramente recordarán lo que son. Los estadounidenses recordarán durante siglos a Bill Clinton como su presidente más afortunado, incluso aunque se enteraran, es un decir, de que es de origen búlgaro.

Lo sé, mi padre te ha conmovido cuando te has enterado de que se ha comprado un caballo. No estoy seguro, sin embargo, de quién es más salvaje

de los dos. Lo mejor es que mi padre monte su yegüita y vaya con ella ante la Asamblea Nacional³. Que allí, al lado del caballo metálico del Zar Libertador, se quede una o dos horas como atracción, y después que se vaya con los mitos con los que nos ha llenado la cabeza tantos años. O es que no decía él: *Ubi bene, ibi patria*⁴.

No te enfades conmigo. Sé que soy un cabrón asqueroso. No te he escogido por hermana, pero recuerda que te sigo queriendo mucho.

PD Te propongo que para Navidad compremos una bonita silla de montar para la yegüita de nuestro padre. Se alegrará, especialmente cuando le recordemos que el emperador Iván-Asén también estuvo en el destierro, además, en Rusia. ¡Ja, ja! Sí, soy asqueroso, pero aparte de ti y de nuestros padres quiero a mi mujer Ingrid, y a mi hijo Andreas. Da un beso a tus Simeón y Daniel y saluda a tu roncador marido.”

Después de leer lo escrito, Ivana se sosegó en cierto modo. Estuvo un rato junto a la ventana, absorta la mirada en la brillante ciudad, después se fue hacia la alcoba. Esta vez no se tropezó. “Siempre ha sido más preciso y pragmático”, pensó ella, mientras se acostaba.

Su marido roncaba, y París se hacía el dormido.

NOTAS

¹ El emperador (o zar) Iván-Asén I de Bulgaria (*regn.* 1186-1196) restauró, junto con su hermano Pétar II, la independencia búlgara frente a los bizantinos, fundando el II Imperio de Bulgaria. (N. del t.)

² *Жалък*, ‘desgraciado’. (N. del t.)

³ La Asamblea Nacional de la República de Bulgaria, en la ciudad de Sofía, enfrente de la cual se yergue la estatua del zar ruso Alejandro II. (N. del t.)

⁴ “Donde se está bien, ahí está la patria”. (N. del autor)

Foto© Igljka Trifonova



EMIL ANDRÉEV (Емил Андреев)

Nació en 1956 en la ciudad danubiana de Lom. Estudió filología inglesa en la Universidad “Santos Cirilo y Metodio” de Veliko Tárnovo y se especializó en periodismo en la Universidad “San Clemente de Ócrida” de Sofía. Es profesor, periodista, autor de cuentos, novelista, guionista de cine y televisión, traductor.



Ha sido redactor jefe del *Ломски вестник* (*El periódico de Lom*) y director económico del semanario nacional de humor y sátira *Стършел* (*El zángano*).

Ha sido profesor de inglés de la Facultad de Teología de la Universidad “San Clemente de Ócrida” de Sofía.

Desde 2001 vive de la escritura.

Premio de la Fundación “Vick” en 2005. Premio “Helicón” en 2007.

Libros de cuentos:

1996: *Ломски разкази* (*Cuentos de Lom*); 2.^a edición ampliada: 2006

1998: *Късен сецесион* (*Modernismo tardío*)

1999: *Островът на пияниците* (*La isla de los borrachos*)

Novelas:

2004: *Стъклената река* (*El río de cristal*); 2.^a edición: 2005; 3.^a edición: 2010. Premio de la Fundación “Vick” a la mejor novela del año, y premio de los lectores. Adaptado al cine en dirección de Stanimir Trifonov, estrenado en 2010. Traducido al rumano (Bucarest 2011), inglés (2011).

2006: *Проклятието на жабата* (*La maldición de la rana*). Premio “Helicón” a la mejor novela del año.

2010: *Лудият Лука* (*El loco Luká*)

Teatro:

2003: *Иманяри* (*Buscadores de tesoros*)

2004: *Да убиеш премиер* (*Matar a un primer ministro*)

2007: *Вълишебната лодка на Жъц* (*La barca mágica de Fyú*)

Таратор за г-н Давидс (*Tarator para el Sr. Davids*)

El cuento *Див Кон* (*Caballo Salvaje*) se publicó en la revista literaria de Plóvdiv *Страница* (*Página*) en 2002.

Traducción del búlgaro de Francisco Javier Juez Gálvez.